



## William Ospina o el placer de la lectura

Sandra Barreras del Río  
Departamento de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Sometido: diciembre, 2011

Aceptado: diciembre, 2011

Voluptuosidad de conocer, no me apartes jamás de los propósitos de la tierra.  
Haz que yo sea siempre el discreto aprendiz de este anciano milenario.  
Y que mi mano no sueñe jamás con hacer más bella a la rosa, más brillante a la estrella.  
William Ospina, “Alexander Von Humboldt”, *El país del viento*.

Debo a Nathan Budoff, traductor al inglés de *Es tarde para el hombre (Too Late for Man)*. Brookline Press, 1995) el encuentro con la obra del poeta y periodista colombiano William Ospina. No conocía su trabajo y la traducción inglesa, competente y entusiasta, abrió mi apetito. Quería saborearlo en español porque me pareció que los ensayos de Ospina aceptan un reto para el idioma –cualquier idioma– coloquial. Son ensayos que se dan a la ardua tarea de decir, en palabras que tengan sentido para un lector informado pero no especializado, cómo encara un latinoamericano los formidables problemas que agobian al mundo.

Deseaba también leerlo en español porque la traducción preserva un deleite por el idioma que nos hace añorar los matices del lenguaje original que, en este caso, es también el nuestro. “As time distances us from events, they often become clearer”. (*Too*, p. 1.) Es un fraseo evocador. Es tan activo el tiempo que separa a las personas de los eventos -como se separa a la uña de la carne, decía el juglar del *Poema del Cid* al comentar la despedida de Jimena y Rodrigo ante los años del exilio- y tan luminoso en sí mismo el evento, luminosidad oculta por la inmediatez entre nuestras miradas y lo que sucede. Al hombre no le es fácil conocer porque no ve con claridad cuando está inmerso en un evento y porque su vida es demasiado corta para ganar distancia y captar el resplandor de los eventos que le atañen.

Gracias a Nathan Budoff, por mediación de mi hermana, pude leer en español otros dos libros de Ospina: un libro de ensayos anterior, *Esos extraños prófugos de Occidente* (Grupo



Editorial Norma, 1994) y, también, el libro de poemas *El país del viento* (Concultura, 1992), que aparece incluido en el volumen *Poesía*, publicado por Editorial Norma en el 2008. En su poema, “El geólogo” nos dice Ospina:

Aquí hubo un mar hacer un millón de años.  
 El hombre no lo sabe, más la piedra se acuerda.  
 Pártela: hay un cangrejo en sus entrañas,  
 todo de piedra ya, forma magnífica  
 que se negó a ser polvo.  
 Ante el peñasco y el guijarro, piensa  
 que acaso fueron seres dolorosos,  
 sangre y pulmones palpitantes.  
 Entre la ciega roca  
 y el trémolo extasiado de la salamandra  
 tan solo hay tiempo. (El país del viento, en *Poesía*, p.209.)

Los poemas de Ospina son ventanas abiertas a los otros y es posible decir que palpan el misterio de la vida percedera. Son narraciones ambiguas en las que no siempre está claro el punto de vista. Por ejemplo: el anciano milenarista del poema a Humboldt, que citamos en el epígrafe, bien puede ser el naturalista o el mundo. No sabemos si el monólogo tiene como persona dramática al mismo Humboldt o alguien que piensa en él. Son poemas que están escritos con una diafinidad que no esconde los misterios. Tienen algo del inusitado reconocimiento que nos produce el *Romancero*, unido a la claridad y lucidez de los poemas de Borges.

Si bien he leído con mucho gusto los poemas de Ospina, sus ensayos me han llamado poderosamente la atención. El ensayo es un género flexible. Uno de sus encantos es que permite imbuirnos en una corriente de pensamientos, con un punto de vista personal e idiosincrático, sin que conozcamos realmente hacia donde el flujo nos lleva. Aunque apela a nuestro entendimiento, cada viraje de su argumentación puede confrontarnos con una sorpresa. Su poder estriba en la capacidad del lenguaje en transmitir una experiencia –el pensamiento– que es más rápida y compleja que la lectura o la escritura misma. El ensayo es la cámara lenta del pensamiento. Como en las transmisiones de un juego de baloncesto donde la cámara lenta nos permite observar la belleza de ciertos movimientos o la impericia de otros, el ensayo congela los saltos



mortales del pensamiento. Requiere especificar transiciones que se dan espontaneas en la mente y concentrar la atención en ciertos momentos, a expensas de la totalidad del flujo de conciencia.

Hay una riqueza extraordinaria en ese aparentemente desordenado flujo de conciencia. De él se nutren muchas de las asociaciones que la poesía explora para decir algo diferente de las cosas y sucesos. Pero el gusto por la armonía percibe como un exceso ese flujo. En él están presentes todas las preocupaciones y emociones de la persona. Las meditaciones orientales, cuya base es el yoga, nos piden que aprendamos a controlar el flujo del pensamiento y lo comparan con un mono que salta. El yoga es una de las maneras para salir de las preocupaciones del yo mismo, de su egoísmo, y adquirir serenidad y claridad de pensamiento. La meditación es un intento de prepararnos para encontrar luminosidad en los eventos dentro de la inmediatez de la experiencia. El ensayo, como género, busca un equilibrio entre el desordenado flujo y la lucidez de la conciencia entrenada. Sin lugar a dudas, en los ensayos buscamos la voz, el punto de vista personal, idiosincrático, de alguien que nos permite participar de sus opiniones, de sus lucideces. Apela al intelecto, a esa nuestra capacidad para entender. Necesita de un orden que permita la comunicabilidad. La lectura de ensayos es una experiencia que va de humano a humano a través del lenguaje.

Uno de los grandes descubrimientos de la filosofía europea de finales del siglo XIX y del siglo XX ha sido que el lenguaje, que comúnmente nos permite comunicarnos, está plagado de unos presupuestos metafísicos. Éstos son muy difíciles de rechazar sin adular la armonía sedimentada durante siglos en nuestros lenguajes y sin destruir la comunicabilidad. Cada feminista que ha intentado expresarse en un lenguaje sin rastros de los presupuestos patriarcales de su lengua materna comprende la dificultad, a veces insuperable, de su intento. Los dos libros de ensayos de Ospina, *Too Late for Man* y *Esos extraños prófugos de Occidente* contienen uno de esos experimentos difíciles de lograr en los lenguajes de raigambre indoeuropea: establece en ambos una relación entre particulares y sistemas universales al explorar los problemas de la sociedad contemporánea. Los títulos de los libros anuncian la dirección del intento. *Esos extraños prófugos de Occidente* sugiere que se busca concentrar en un grupo de exitosos



transgresores del orden, del conjunto de regulaciones y leyes de la tradición europea. *Es tarde para el hombre* evoca el tema del tiempo, un tiempo donde el humanismo ya no tiene sentido y hablar del hombre es una manera obsoleta y metafísica de entender lo que hay para entender en nuestro mundo. Es el tiempo de aceptar que los procesos culturales y las instituciones sociales instauradas por los seres humanos tienen un desarrollo propio e independiente. Estamos inmersos en ellos, nos mueven a su antojo y nos dictan los roles que podemos asumir. Estos libros ameritan considerarse juntos pues parecen el anverso y el reverso de un mismo bordado ingeniado para poderse ver por ambos lados sin que se noten los nudos del tejido; donde anverso y reverso son aptos para aparecer, para ser gozados en la superficie.

Ospina cita a Paul Valery, en su introducción a *Too Late for Man*, indicando que el libro habla de “el orden y el desorden en la sociedad contemporánea”. (*Too*, p. v.) Inmediatamente, procede a explicar que se trata de explorar los estragos con que nos enfrentamos hoy en día y que tienen su origen en la concepción del ser humano (hombre) como figura central del orden -o desorden- ontológico. En sus propias palabras, aunque traducidas al inglés, dice:

The civilization founded on human supremacy, on the idea of the superiority of our species, must yield its place to a more respectful order, and order more amenable to the other creatures. It also argues [Too] that man will only find the road to his own survival if he abdicates his throne of arrogance and discreetly submits to the powers that truly governs life and sustain the universe. This return to the divinity of the world could well be what is called for the complex disorder of this fin de siècle. (*Too*, p. v.)

Ante el fracaso de las ideas e instituciones que surgieron para acomodar al hombre como centro y culminación del universo, Ospina hace eco de la propuesta para una nueva sacralización. Lo que es el mundo y lo que implica lo sagrado merecen un momento de reflexión. Decía Ludwig Schajowicz, dándole un vuelco nietzscheano a la frase de Ortega, que “yo soy yo y mis veneraciones”. Al impulso poderoso por adorar, reverenciar, le corresponde una vuelta a la veneración del mundo. Tal vez no se le puede llamar vuelta porque esta veneración no está respaldada por la certeza de que nuestro planeta es imperecedero, sino por la creciente preocupación por la fragilidad de los procesos naturales ante el avance técnico y tóxico de



nuestra civilización. Preocupa pensar la posibilidad de que millones de años preservados en una piedra no resistan el embate de las instituciones creadas para el bienestar de los hombres. Quizás estamos aprendiendo que no se venera lo perpetuo; que la reverencia es una manera de proteger, de darle permanencia a lo que podría perecer. Es también una manera de aceptar que no somos prima donas en el espectáculo del mundo.

Divinizar al mundo es la forma de protegerlo y de protegernos. Hemos llegado a poner en jaque nuestra capacidad de sobrevivir junto a las demás criaturas que comparten ese lugar de apariencia que es el mundo. Por eso se hace necesario reconocer que necesitamos ponernos de parte de los poderes que dan vida, que preservan la vida en el planeta. Ospina menciona, en el poema a Humboldt, que el anhelo por conocer no debe ser un obstáculo para perseguir “los propósitos de la tierra”. Insiste: “Nada me falta, nada pido, este es el asombroso mundo que quiero”. (*Poesía*, pp. 197-199.) En estas frases se da un trasunto a la frase nietzscheana de tenerle “fidelidad a la Tierra”. Por momentos, el nuevo lugar del hombre en el orden ontológico parece consistir exclusivamente de subsumirlo a él y sus actividades dentro del orden natural. Transitemos por “En las mesetas del Vaupés”:

Qué son las canoas sino los árboles cansados de estar quietos.  
Qué son los postes de colores sino los árboles hundiendo sus raíces en el cielo.  
Qué son los puentes colgantes sino los árboles jugando con el vértigo.  
Qué son las alegres fogatas sino los árboles contando su último secreto.

Follaje de las ondas que van quedando atrás con el golpe del remo.  
Follaje de sonidos que en torno de los postes enardece al guerrero.  
Follaje de invisibles caminos que comienza en el confín del puente.  
Follaje de humaredas que ascienden en desorden entre las titilantes orquídeas.

Con granadillo hice el bastón para espantar a los malos espíritus.  
Con la madera del caobo hice las cuentas de un collar para tu pecho oscuro.  
Con fruto seco del tekiba hice la copa en la que le ofreciste el agua.  
Con la madre del laurel hice esta flecha. (*Poesía*, p. 178.)

El verdadero protagonista del poema es el follaje; los árboles que asumen una de sus posibilidades a través del quehacer del hombre. Los objetos culturales no son instrumentos del



*homo faber*, sino actualizaciones de las posibilidades de la naturaleza misma. Aquí se explora un tipo de relación con las cosas y la naturaleza muy diferente de como la siente el hombre moderno. La naturaleza es un sistema que también nos dicta maneras de ser y actuar. Es un sistema poderoso e inescrutable; con objetivos y planes que podemos asumir aun sin entenderlos.

Los ensayos de *Es tarde para el hombre*, por otro lado, presentan los estragos de la civilización humanista que ha llevado a la especie humana a un callejón sin salida. “*The Song of the Sirens*” comienza:

Like Buddha’s father, contemporary society seems determined to prevent its children from noticing the existence of sickness, old age and death. At least in the West, a near-religion of health, youth and beauty is spreading, in contrast to the increasingly damaging character of industry, the increasingly lethal character of science, and the increasingly brutal character of the economy. The principal instrument of this cult is advertising which on a daily basis sells us an image of the world without most of the negative, dangerous and disturbing elements of reality. (Too, p. 37.)

En esta sociedad donde la especie humana se protege de su mortalidad y su vejez, el hombre perdió su capacidad para ser humano. Paulatinamente en algunos lugares, pero de sopetón en otros, las comunidades han dejado de protegernos y sufrirnos estragos que tienen su origen en la pretendida superioridad del hombre. En las megaciudades latinoamericanas el proceso se complica porque han tenido un crecimiento gargantúo en los últimos cincuenta años:

But when we look at Mexico City, antechamber of the infinite city, now almost incapable of looking at itself; at Medellin, besieged by the violence of the excluded, assailed nightly by gunshots which wing from hill to hill; at Caracas, designed and built for cars; at Rio, where the hunters of street children lurk in the darkness, we unequivocally see a different vista. All around us we see unemployment, poverty, violence and helplessness, and we feel that the heritage of civilization has not been generous with the peoples of this side of the world. With the riches of America, Europe reinforced its hegemony; they made the machines and laboratory function. Only thanks to these riches did reason triumph in the West. But all the



virtues of Europe arrived here stripped of their pleasant masks. ( *Too*, p. 98.)

En el orden social que define la economía global, Ospina se localiza como latinoamericano. Es interesante que cada uno de sus ensayos localizan al escritor. No prescinde del uso de los pronombres personales, ni de su inclusión como escritor dentro de los ensayos. Estamos ante una de esas estructuras bipolares de la lógica de nuestros idiomas que solamente nos permite definir los sistemas *universales* sin aludir a los *particulares* y viceversa. Pero en la lengua escrita y hablada, eventualmente, el intento de mantenernos en la generalidad nos remite a la particularidad. La proliferación de alusiones a personajes históricos y literarios, la localización del escritor en su contexto latinoamericano y la inclusión del autor usando el pronombre personal singular y sus derivados, personalizan los ensayos de *Es tarde para el hombre*. Estos indicadores de caracterización van encarnando a la persona dramática que escribe el ensayo.

No obstante, tanto su llamado a repensar nuestra relación con la naturaleza, como su análisis de las estructuras sociales que han dejado atrás al hombre, sugieren el uso de un lenguaje despersonalizado y separado del lenguaje humano, coloquial, al que estamos acostumbrados. De hecho, los pensadores que asumen la llamada muerte del hombre nos tienen acostumbrados a un lenguaje que intenta subvertir los prejuicios humanistas del idioma. Muchos de estos escritos no son satisfactorios porque entrañan una paradoja central en nuestra condición de humanos; el lenguaje que asumen responde a las ideas que intentan comunicar. Es un lenguaje formal que, como tal, apela y responde a la racionalidad humana. Al fin y al cabo, el gran tinglado teórico de nuestras ciencias y escritos científicos delata la lógica formal u ordinaria que nuestra razón ha descubierto.

Ospina acepta el reto de buscar una congruencia entre sus ideas y el lenguaje coloquial. Por eso sus ensayos prescinden del lenguaje teórico de los tratados académicos. Si tornamos a *Esos extraños prófugos de Occidente*, sus ensayos exponen una serie de estrategias que ayudan al escritor a rebasar su antropocentrismo sin eliminar la referencia a la persona. Su batalla contra



el centralismo del hombre en el orden ontológico es una manera de proteger al mundo y a las especies que lo co-habitan, pero Ospina encuentra también un sitio para los humanos y especifica algunas maneras de proteger su efímera forma de ser. Si *Es tarde para el hombre* arremete contra los problemas que se originaron con la centralidad del hombre en el orden ontológico -aunque incluyen una profusión de alusiones a personajes históricos y literarios-, los ensayos de *Esos extraños prófugos de Occidente* se concentran en escritores particulares. Ospina escoge figuras y momentos históricos que otros han utilizado para ejemplificar el triunfo del individualismo -la Revolución Francesa, el Romanticismo, Lord Byron, Emily Dickinson, Walt Whitman, William Faulkner- pero dirigiendo nuestra atención hacia aspectos inusitados que los colocan más allá del individualismo.

Consideremos una de las estrategias para superar el antropocentrismo en *Esos extraños prófugos de Occidente*. Las personas somos pensadores situados. El concepto lo utiliza Ospina para explicar el punto de vista narrativo de la novela de Faulkner, *Luz de agosto*. (*Esos*, pp. 100-101.) Las voces narrativas en la novela son múltiples y parciales, revisan un mismo acontecimiento del que nunca tenemos un entendimiento total porque se nos narra a través de las voces de los diversos protagonistas, del autor, o de la voz anónima de los murmuradores callejeros. Ospina atribuye a Faulkner la capacidad para hacernos comprender el misterio de las cosas o eventos cotidianos a pesar de su estilo realista de escritura.

Entendemos como humanos, pero nuestro entendimiento no tiene por qué asumir que es el único entendimiento posible. Situar el pensamiento permite considerar las otras posibilidades interpretativas. En Ospina esas posibilidades incluyen las perspectivas de otras especies, de otras formas de vida natural. La imaginación nos permite entender que la roca, del poema “El geólogo”, recuerda. En este sentido, el “yo” en la obra de Ospina es el de un hombre que se extiende para tratar de entender donde los eruditos dicen que no podemos entender: la perspectiva de los objetos naturales, una traducción de un poema o los pensamientos de hombres que no pertenecen a nuestra tradición cultural. El poema “El mongol” (*Poesía*, pp. 173-174), un





monólogo de un hombre inmerso en el paisaje blanco y frío de la estepa, dice algo sobre pertenecer a ese espacio:

Allí donde el día está amurallado de hielo,  
Allí donde el ansia de amor no es más que frío en los labios,  
Allí donde las nubes de pelaje de oso se sumergen en la tiniebla,  
Estuvo un día mi corazón anudando los vientos,  
Estuvo mi carne sosteniendo las enormes montañas. (*Poesía*, pp. 173-174.)

Nada más alejado de un caribeño. En Ospina se siente el esfuerzo y la belleza de vivir usando los mocasines del otro, según el adagio de los nativo-americanos, pero también se experimenta la claridad de ser un pensador situado. En “El mongol” se les llama a las estrellas los “ojos de coyote del cielo”; delatando así la intrusión de un motivo mitológico latinoamericano en la descripción de la estepa.

Ospina recuerda a cada instante su condición latinoamericana. En su ensayo sobre las responsabilidades del latinoamericano en *Es tarde para el hombre* aclara su posición. El latinoamericano ha heredado la cultura europea y la entiende como europea en un momento donde las naciones de Europa se pierden en una tribalización nacionalista. Los latinoamericanos poseemos una nomenclatura fronteriza que nos permite entender las diferentes tradiciones que nos forjaron y que fomentó el mestizaje. Poseemos la capacidad, no siempre aceptada ni valorada, de funcionar como un *aleph*, ese lugar donde posicionarse para ver toda la historia del mundo. Ospina admira el trabajo intelectual de Borges y considera que con su “humor construido de lucideces y paradojas” (*Too*, p. 87) el escritor argentino se convirtió en un testigo del proyecto americano:

“Before the dangers of totalitarianism,” said Borges, “Maybe our poor individualism could still play a role. Aren’t all the traditions and all the races here? Don’t all the dreams and longings of the planet converge in our valleys?” Nobody has known better than Borges how to present the wealth of this borderline position between the Western cultural tradition (which belongs to us naturally), the tradition of the whole world, and the



mysteries of our American being. He was wise enough to tell us that the death of an old friend in Buenos Aires was equal to the death of Caesar. He was wise enough to tell us, evoking Evaristo Carriego, that our world was as deserving as any other of poetry and history. He told us, remembering Heraclitus of Ephesus whom some visitors had surprised in the kitchen, “Enter, the gods are here as well”. (*Too*, pp. 100-101.)

En el latinoamericanismo de Ospina situar el pensamiento conlleva reconocer la posición fronteriza y de mezcla de tradiciones. Esto le permite descubrir en carne propia lo que es el caso para todo ser humano: situar el pensamiento, tanto de las voces narrativas como del autor, equivale a reconocer límites en la perspectiva, a especificar el lugar donde se encuentra la persona que habla y tantear los otros puntos de vista. Por eso “la pluralidad de narración” (*Esos*, p. 102) en Faulkner es importante, pues permite ventanas a la pluralidad de perspectivas situadas. Posicionarse en la frontera es tener contacto directo con una pluralidad de perspectivas, cada una de ellas situadas, que incrementan la reserva de asociaciones de nuestro flujo de conciencia.

Las perspectivas situadas contrastan con la infinitud y complejidad del universo. A Ospina le atrae cierto fatalismo en la obra de Faulkner. Responde a la complejidad del infinito con la fe en que existe una causalidad inteligible en sí misma que propicia la armonía de ese todo infinito, inalcanzable para el entendimiento humano:

Para fantasear, como preferimos hacerlo, un universo infinito e infinitamente complejo, un tático más allá de realidad susceptible de ser percibida, se requieren mucha imaginación y mucha fe. Faulkner pertenece a este bando, y su extenuante realismo cargado de casualidad y fatalidad, tejido a la vez de revelación y de azar, llena la materialidad del mundo de un estremecimiento muy cercano al milagro. Pero es su lógica implacable lo que nos lleva a sentir lo milagroso del mundo. Que las cosas ocurrieran por una serie de arbitrariedades inextricables nos parecería estúpido y desalentador, que las cosas obedezcan a una causalidad inteligible, aunque exceda nuestra capacidad para acceder a ella, es una maravilla y esperanza. (*Esos*, p. 103.)



La gran sorpresa es que las cosas y los eventos sean inteligibles. Los rastros de inteligibilidad que el hombre alcanza tal vez descansan en la causalidad total que no llegamos a vislumbrar. El conocimiento de la causalidad total nos paralizaría. La ignorancia, entonces, es una de las razones por las cuales el hombre todavía puede actuar. Revisemos algunos fragmentos del poema “En la isla de Pascua”:

Los poderes del turbio cielo sólo responden a una larga paciencia,  
y el hombre es tan fugaz, que aunque mirara al cielo la vida entera,  
con ojos de pez, con ojos sin parpados,  
no alcanzaría a descifrar una sola palabra del cuádruple abismo.

Si te hicieras de piedra, si tu vida fuera tan lenta como la vida de la piedra,  
si tu corazón sólo tuviera la imperceptible palpitación del peñasco,  
quién sabe qué verían tus quietas pupilas en la vertiginosa danza del cielo.

Tal vez la piedra lo sabe todo ya, y por eso está inmóvil,  
y tú te agitas en la nerviosa hoguera de la carne porque todo lo ignoras.

...

Olvidarías ésta, la isla más sola, el rincón más distante,  
si no fuera por su paciente rebaño de seres de piedra  
que interminablemente esperan una señal del cielo,  
una voz o una aniquilación o una nave,  
pero la soledad que dicen sus rostros inmóviles  
no es sólo la de un arrecife escondido en el amontonamiento de las borrascas,  
es la angustiada espera de una raza perdida en un pequeño planeta solitario  
bajo la inexpresiva niebla de las galaxias. (Poesía, pp. 185-186.)

El horror ya no es el horror al vacío, sino a nuestra condición de partículas subatómicas fugaces en un universo infinito y complejo. Hay aquí un impulso parecido al que se encuentra en las bellas pinturas miniaturistas árabes que conocía en reproducciones pero vi por primera vez en la Sala Islámica del Museo Metropolitano de Nueva York. Son pinturas hechas para ilustrar libros. Las miniaturas tienen un trazo claro, colores brillantes y representan la naturaleza, las cosas y las personas con un lujo de detalles realistas. No permiten el espacio vacío, ni aun en la perspectiva. Casi siempre tienen como marco las palabras del Corán: lo que da inteligibilidad a ese mundo realista de las miniaturas es la fe en su veneración. En Ospina, el horror al vacío nos confronta cara a cara. Ospina contrarresta la angustia con la creencia en la posible existencia de



un orden desconocido para el ser humano. En cierta manera, en *El plan infinito* Isabel Allende responde con una fe parecida a la gran suerte de encontrar el amor con una persona improbable.

Tengo razones personales, que me sitúan como pensadora pero que prefiero no explorar en este ensayo, que me llevan a aceptar lo que Hannah Arendt llama en “Willing”: “el postulado de la libertad”. Acepto la contingencia en los eventos y pospongo la necesidad de hacerlos inteligibles porque es la manera de salvar la libertad de las personas. Los seres humanos actuamos porque puede haber novedad, no porque ignoramos el proyecto inteligible del universo. Estoy convencida que este situarme al otro lado de la apuesta no le resta placer ni gusto al encuentro con Ospina. Compartimos demasiadas cosas –una tradición de pensamiento, el entendimiento de nuestra situación como latinoamericanos, la curiosidad existencial por otras tradiciones, el aprecio por ser parte de la naturaleza, el aprecio al mestizaje, la textura y patrón del pensamiento y el gusto por la lectura– para permitir que la divergencia en la apuesta imponga el rechazo. La lectura de la obra de Ospina me pone en juego. Tal vez mi aprecio por su obra también está coloreando por incluir en su mundo las certezas del mío: vivimos en un planeta que compartimos con otras especies y donde nos acompañan otras personas. La radical multiplicidad de formas de vida, interpretaciones y maneras de actuar en nuestro mundo es un don que hay que proteger. La batalla de Ospina contra el centralismo del hombre en el orden ontológico es una manera de proteger al mundo y a las especies que lo cohabitan. Pero en ese esfuerzo también se encuentra un sitio para los humanos en ese mundo y se especifican algunas maneras de proteger su efímera forma de ser. Lo que le interesa a Ospina es experimentar la fragilidad y la fugacidad que no niegan la maravilla de lo infinito, la majestuosidad del mundo, de flora y fauna, de hombres y animales, reunidos y siendo grandiosos a pesar de la barbarie y la muerte. Esa maravilla es, para él, lo divino que está ahí para ser experimentado por el humano. Ospina quiere “celebrar el mundo”, “alentar en los hombres el deseo de vivir, la voluntad de permanecer en la tierra”. (*Poesía*, p. 50.)

La proliferación de alusiones en los ensayos de Ospina destacan su gusto por la lectura. Es un escritor que hace suyos ciertos pasajes literarios y que los regala al lector con la sencillez y



naturalidad con que nombramos a un amigo o vecino. Es la familiaridad que brinda la lectura. Es también una manera de darle textura a esa parte del mundo que no está ligada directamente a la naturaleza pero que también necesita salvarse. La salvación de los pensamientos y las palabras está precisamente en compartirlas con otros seres humanos que las entiendan y valoren. En Ospina, el placer de la lectura se convierte en una manera de recordarle a los otros que el lenguaje escrito es también una aventura que expande el infinito concierto de apariencias y, como tal, resulta digno de ser preservado y venerado. En su ensayo sobre Rimbaud nos advierte:

Rimbaud necesita giros y expresiones que traduzcan con más fuerza las cosas nuevas que está viendo, las sorpresas que su propia sangre le ofrece. Y las palabras se mezclan de un modo a la vez arbitrario y riguroso, las audaces combinaciones de palabras parecen producir súbitas emanaciones de energía: es un lenguaje lo que está naciendo, pero son también sensaciones desconocidas, realidades acalladas y ocultas, mundos imprevisibles. Porque todo lo que aflora con vida al lenguaje termina conquistando el universo físico, porque basta que un sueño alcance su expresión para que ya pertenezca de manera tangible al universo. (*Esos*, pp. 33-34.)

Hay un hermoso y sencillo pasaje en el ensayo “Hölderlin y los nuevos dioses”, que concentra los temas de Ospina y constituye una descripción del lector activo, inteligente, pero no especializado. El fragmento es también una invitación a la lectura:

Bien sé que no podría decir lo que fue Hölderlin. ... Me alegra poder decir que nunca lo he leído en alemán, que desconozco totalmente su lengua, no porque esa ignorancia sea un mérito, sino porque me permite sentir que es posible disfrutarlo y quererlo y pensar en él a través de fragmentos y de traducciones. ... Puedo decir que he leído las interpretaciones que Heidegger hace de su obra y me inquieta la manera como Hölderlin resuena en la mente de los filósofos, el asombroso respeto de éstos por la resonancia de cada palabra, de cada imagen. ... Puedo decir que he leído los párrafos que le dedica a Hölderlin la Enciclopedia Británica... Puedo decir que he hablado con un joven poeta alemán en las afueras de Florencia, ... Yo sabía que era un gran lector de Hölderlin y, como siempre que conozco a un alemán, quise saber qué sentía al leerlo. Se quedó silencioso un momento y después me contó que nunca podría leer sus poemas de comienzo a fin. “Siempre tengo que detenerme –me dijo– y



salir a tocar los muros y los árboles, a sentir que todavía existe el mundo.”  
(*Esos*, pp. 134-135.)

Este texto marca la ruta de un lector no especializado que disfruta un texto: trata de entenderlo, de regocijarse por lo que entiende y de comprender lo que no se conoce; trata de emplazarlo, de encontrar en otras personas variantes de su resonancia y saborear lo que añade el texto a los temas que acaparan su atención. Ospina es un lector y escritor interesado y brillante que se distancia de los estilos académicos. Da gusto encontrar estos temas en un ensayista que no nos atosiga con innumerables notas al calce y con un vocabulario técnico difícil de sostener en el habla coloquial. Tanto su labor como periodista como su oficio de poeta lo capacitan para su tarea de ensayista. Admiramos y gozamos sus ensayos porque creemos encontrar en ellos “la cordialidad de la amistad”, concepto que le atribuye a Walt Whitman en *Los cien años de Walt Whitman*. (*Esos*, pp. 64-66.)

La amistad es una forma de relacionarnos los humanos que se extiende a nuestras relaciones con otras especies y con algunos productos de la mente humana (donde la mente no coincide con el cerebro y donde se hace difícil separar lo que pensamos de lo que sentimos, de nuestras emociones y nuestra espiritualidad). Probablemente Ospina sonreiría algo irónicamente al leer mi caracterización de la amistad, pues su capacidad para caminar en los mocasines del otro lo han preparado para aceptar que el origen de nuestras formas de comportamiento no necesariamente se encuentra en las relaciones entre humanos. Pero intento cristalizar una forma de relacionarse específicamente humana. No lo conozco, pero sus ensayos se convierten en “amigos de mi mente”. La frase es de Toni Morrison y la utiliza bell hooks en un hermoso y complejo libro de ensayos que explora las relaciones entre hombres y mujeres en la cultura afroamericana: *Breaking Bread: Insurgent Black and Intellectual Life* (Boston: South End Press, 1991). El libro está escrito por dos intelectuales -bell hooks y Cornel West- que son amigos y que están preocupados por el cariz de las relaciones intersexuales de la comunidad negra en los Estados Unidos. Vale la pena citar el pasaje de bell hooks:



As we talk about Black power in the 21st century, about political partnership between Black women and men, we must talk about transforming our notions of how and why we bond. In **Beloved** Toni Morrison offers a paradigm for relationships between Black men and women. Sixo describes his love for Thirty-Mile Woman, declaring, “She is a friend of mind. She gathers me, man. The pieces I am she gathers them and give them back to me in all the right order. It’s good, you know, when you got a woman who is a friend of your mind.” In this passage, Morrison evokes a notion of bonding that may be rooted in passion, in desire, even romantic love, but the point of connection between Black women and men is that space of recognition and understanding, where we know one another so well, our histories, that we can take the bits and pieces, the fragments of who we are, and put them back together, remember them. It is this joy of intellectual bonding, of analysis that Black women and men can give one another, that Cornel and I give to each other. We are friends of one another’s mind. We find a home with one another. It is that joy in community we celebrate and share with you this morning. (*Breaking*, p. 19.)

El punto que establecen bell hooks y Cornel West es que la reciprocidad en la amistad es uno de los logros más valiosos de las relaciones entre personas, entre hombre y mujer particularmente. Un “amigo de la mente” cifra la relación de amistad en el reconocimiento y el entendimiento del yo del otro. Ayuda al otro a recuperar o recordar los fragmentos de sí mismo perdidos u olvidados. Claro que siempre es más sabroso encontrar amigos de este tipo cara a cara. Pero, a veces, se recibe un placer parecido a través de los libros. Es uno de los grandes goces de la lectura.